

JUAN PARRA DEL RIEGO

POESIA



PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA ♦ BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
M O N T E V I D E O 1 9 4 3

U# 540

JUAN PARRA DEL RIEGO nació en Huancayo (Perú) en el año 1894. Siendo muy joven partió de su país, y comenzaron sus apasionados viajes por América y Europa.

Es en el Uruguay donde más tiempo permaneció y donde se le conoció más de cerca. En Montevideo editó sus dos libros: "Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles" y "Blanca Luz". Murió en esta ciudad el 21 de Noviembre de 1925.

La Biblioteca de Cultura Uruguaya publica ahora dos volúmenes en los que aparecen compiladas por primera vez las obras completas del creador de los Polirritmos.

* * *

Esta edición tiene el sentido de un Homenaje a Juan Parra del Riego, no sólo en lo que se refiere a la publicación de su obra aquí recogida y ordenada por Esther de Cáceres — sobre trabajos previos de Manuel de Castro, — sino por vincularse al plan de un Monumento que se financiará con los resultados de venta del presente libro, y que se levantará en la hermosa calle de Montevideo que lleva el nombre del Poeta.

POESIA

BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
COLECCION MODERNA

- 1 - *Alejandro C. Arias*: MUSICA DE LAS SOMBRAS
- 2 - *Juan Parra del Riego*: POESIA
- 3 - *Juan Parra del Riego*: PROSA

JUAN PARRA DEL RIEGO

POESIA



PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

Va, en la carátula, un retrato de
Juan Parra del Riego (apunte de
Bernabé Michelena)

En el texto un autógrafo (carta
de Parra a Enrique Dieste)

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA ♦ BIBLIOTECA DE CULTURA URUGUAYA
M O N T E V I D E O 1 9 4 3

Derechos Reservados
Impreso en el Uruguay

Hecho el depósito que
marca la Ley 9739

PROLOGO DE
ESTHER DE CACERES

Durante muchos años tuve el propósito de editar la obra de mi gran amigo inolvidable, Juan Parra del Riego. Tal fué mi más sostenido y violento deseo hasta estos días de 1943: ahora los editores de estos libros tienen la generosidad de poner en mis manos las páginas vivas en donde con gran emoción temblorosa encuentro aquella voz fraternal, encendida y fina que tantas veces oí con recogimiento y confianza. ¡Aquella voz que también oí, por última vez, en su único quebranto, en la mañana de primavera en que Parra murió con una flor azul entre las manos!... Hacía entonces apenas cuatro meses que nos lo traían desde la ciudad campesina de Fray Bentos, en donde cayera con el ala vencida diciendo sus cantos y buscando, a trueque de tan encendida palabra, el pan blanco y dorado que ganamos con tan duros trabajos y sacrificios. "He caído en mi ley" decía al volver de Fray Bentos, cuando con los brazos tendidos lo esperábamos en Montevideo — pronto el lecho, la habitación solitaria del Hospital Militar, los ojos con lágrimas y el corazón con miedo —. "He caído en mi ley", volvía a decir, cuando tras largos días y noches de un trágico esperar a la Muerte y a la Vida — nos volvíamos con él— ¿te acuerdas, Blanca Luz?, — en la ambulancia que lo llevaba a su casa sonriente, nueva; casa con ventana a una calle honda y viva y a unos crepúsculos encendidos y abiertos como el fuego...

Hasta aquella ventana, hasta aquella habitación, llegaban — en las tardes de domingo y como un clamor del mar — las mil voces victoriosas del público del Estadio; y además la música fina de la noche; y la voz interrogante de los amigos.

Allí dejó de vivir Juan Parra del Riego. Frente a estas páginas he recordado todo esto. He pensado también cuál sería su deseo ante el plan de este libro. Recuerdo la severidad con que miraba su obra; los poemas que no amaba; su afirmación de los Polirritmos y de los poemas de "Blanca Luz"... ¡sus últimas seguridades en aquella hora de madurez en que — más libre que nunca — supo negar su adhesión a un acto que consideraba impuro diciendo: "Paso por un momento muy grave de mi vida y sólo puedo hacer lo que mi corazón me mande".

Todos estos recuerdos... y otros, me detuvieron muchas veces en el umbral de mis propósitos con respecto a la edición de obras de Parra del Riego. Seguramente es providencial que la voluntad de otras personas haya resuelto este problema; se publican así poemas de libros agotados y expresivas cartas y notas dispersas, que dan mucho de aquel ser extraordinario: su presencia nobilísima, su generosidad viva, el proceso por el que caminaban hacia la expresión sus cantos tan encendidos de humanidad y experiencias. Pienso en algunas notas y poemas dispersos en tantos viajes y en muchos periódicos extranjeros; cartas que han quedado en manos amigas, cantos perdidos por los caminos abiertos al viento que roba todas las cosas graciosas y ligeras!

Pero pienso también en el interés de todo lo que se da en esta edición primera de obras de Parra del Riego.

Si quiere Dios, más tarde haré yo una depurada Antología de todo esto. Ahora vuelvo a sus cantos, vuelvo a esta ardiente fraternidad de sus cartas, vuelvo a estas febriles y ejemplares notas personalísimas; y ya estoy otra vez entregada a uno de los recuerdos más emocionantes de mi vida: mi amistad con Juan Parra del Riego, y la gran lección inolvidable que junto a él aprendí.

Y ya hay tantas lágrimas en mi voz y en mis ojos que no sé ahora decir nada más. Por lo cual dejo, en este libro, aquellas páginas que leí una vez, a 16 años de la muerte de Parra, en un homenaje que mis amigos de "Reuniones de Estudio" organizaron.

Esto leí mientras las bellas telas de Humberto Causa, llevadas expresamente para el Homenaje, daban honda calidad a la sala de "Amigos del Arte", de Montevideo:

Vengo a soñar, en este atardecer de Primavera, con la pasión y el canto de uno de los más grandes poetas de América. Vengo a decir— en este atardecer de Primavera— aquella voz suya florecida en cantos que no morirán.

Evocando aquella extraordinaria cara, aquella extraordinaria voz, aquella vida tensa de alegría y tensa de sufrimiento que fué la suya, se me inclina el corazón estremecido hacia esta verdad: que en dura

cruz o en maravilloso éxtasis el Poeta canta adoración, y agradece lo que le da el Cielo y la Tierra; lo distante, que resplandece en altas noches y altos silencios, y estas cosas pequeñas y rumorosas, tan al alcance de nuestras manos: una flor tiernecita del campo, la mano de un niño, la voz de otra criatura que nos estremece...

Juan Parra del Riego —gran poeta— fué así Salmista. En la cárcel de los días —en la niebla de lo temporal, en las limitaciones de la anécdota— o en el rincón íntimo del secreto, del canto, del jardín; o en el infinito y claro misterio del campo, del cielo y del aire, Juan Parra del Riego en "cruz y en éxtasis" supo este maravilloso don de Libertad que nos acerca a lo Eterno y que nos lleva a cantar con gozo y con fe.

Y por ese don de Libertad, por esa limpieza de los ojos puros, de las manos puras, de los oídos puros, pudo ver, tocar, oír, la gracia del mundo y decirlo en música desenvuelta, en verso sonoro o en fina melodía amortiguada y lenta como la voz de los pianos distantes en la noche —verso sonoro o canto íntimo— siempre suyo —entrañable, venido como todo lo de Parra del Riego— de aquella ardiente ráfaga viva en que se movía y de la que él mismo cantó así:

"Esta violenta voluntad de marcha,
este ardor, este amor a los héroes;
a la Libertad y a la Personalidad,
que es el ancho altar de mis caminos
donde tercamente puro y solitario,
me muero y quemó, me quemó y subo".

Ráfaga ardiente y viva por la que pudo traer mensaje nuevo de Fe, de esperanza, de libre canción llena de un amor ancho — capaz de envolver y desatar la sinfonía total del Cielo y la Tierra — y los apretados silencios del corazón de los hombres — dueños de una vida triste y maravillosa.

Esta actitud constante, esta fuerza para vivir y morir, esta pasión toda llena de sobrenaturales fuegos, arde en los cantos de Juan Parra del Riego con llama siempre sostenida; arde también en su vida y más allá de su vida. Por eso pudo él mostrarnos su cara noble, su amistad fina y estremecida, su tensión sin pausas. Y así lo evocamos cuando nos enfrentamos con esta otra feliz verdad: que en el poeta verdadero hay un acento de vida inconfundible: un paso, un gesto de darse, una entrega siempre despierta — a través de niebla y máscaras — en cada momento del día o de la noche — en cada momento del "Tiempo sin tiempo". Y que esta entrega, este gesto, una mano generosa, una sonrisa dulce, una voz profética, una cosa entrañable de sabiduría viva — entrega al fin— nos sirven para reconocimiento del verdadero poeta — tan hermético y tan entregado a la vez, por un misterio que nos hace temblar— y de cuya noche sólo podemos salir cantando o adorando.

Hermético y entregado, Parra del Riego vivió y cantó con generosidad desnuda y libre. Y por esto— ahora que se ha ido de la Primavera— ahora que lo sentimos con esa presencia de extraña calidad plateada de los que están lejos y cerca —todavía su recuerdo nos hace gozar sobre el jardín del mundo— y sus

poemas nos revelan en cada amanecer un nuevo secreto de Fuerza, de Amor y de Libertad...

Y ya este Amor, esta Fuerza y esta Libertad dicen su luz ardiente desde los primeros "Himnos del cielo y de los Ferrocarriles", en los que entramos como en un río fresco, sonoro, de aguas puras. Y entonces hundimos la voz y la cara y el corazón en esta limpia agua alucinada del Polirritmo a Walt Withman:

"Junto al mar tiro este grito de colores
saludo y partida
de mi alma con tu alma; Walt Withman!
Sé nadar! Sé remar! Sé cantar! Sé montar a caballo!
Mi revólver tiene doce tiros
y mi motocicleta es alegre como el sol!
Yo soy el que ha corrido
con un corazón loco de confianzas
a fraternizar por todos los caminos con los hombres.
Yo soy amigo de acróbatas
de tipógrafos, de enfermos, de campesinos y boxeadores.

Yo soy el que puede de repente
tirarlo todo atrás: libros, familia, amor, casa y amigos
sólo por el placer viril
de ensayar mi corazón
en otros días solos y dramáticos.
Oh, querido Walt Withman!
Voluntad! Vigor! Alegría!
Yo soy el que ha corrido por todas las ciudades
gritándoles loco de esperanza
a pobres poetas sin fuerza y sin luz

la salud nueva de tus cantos puros!
Tus cantos donde ha puesto la mano la tierra y el
[cielo!

Tus inmortales cantos hechos de mortales sueños!
Porque sólo tú eras el arpa mística y salvaje
donde a tu música de remotas geografías
mi vida era otra vez frescura clara;
y en las noches me llenaban extraños y anhelantes
designios de pureza, de perfección y fuerza!
Yo te leía, y después parecía que volvía del campo.
En mi corazón se alzaban altas, veloces y alegres
las velas de la curiosidad, de la Energía y del Entusiasmo.
Tú sólo eras el que me hacía más caliente esta línea
[de pasión

esta violenta voluntad de marcha;
este ardor, este amor a los héroes
a la libertad y la personalidad —
que es el ancho altar de mis caminos
donde tercamente puro y solitario
me muero y quemo
me quemo y subo
subo Walt Withman!

En cada palabra de este canto asoma la cara noble de Juan Parra del Riego, hombre de fe y hombre de marcha: nada podría dárselo mejor que este tono encendido, esta mirada amorosa sobre el mundo y las criaturas, esta extraña penetración de secretos.

Así vivió Parra del Riego, lleno de sagrada pasión y noble generosidad. Así murió Parra del Riego, en

días en que esa fe se hizo más profunda y dirigida, porque había sido tocada de la Gracia y tenía la luminosa cara toda vuelta a las Verdades Eternas.

Y como su vida había sido afirmación, así fué su muerte, afirmación.

Joven, capaz de descubrir la más encendida belleza de las cosas —cuando su ser se hacía más feliz en el fino jardín de la canción— en esa hora ardiente en que el alma camina a la madurez, Parra del Riego esperó tranquilo su última hora del mundo. Y en este renunciamiento fino y quieto recogimos su última afirmación: su definitiva afirmación del Espíritu. Por eso podía él hablar, en esos últimos días de una primavera azul y fragante, de todas las cosas que habían dado alegría y fuerza a su alma: los paisajes —dulces criaturas de Dios— los libros —oh! aquel apasionado amor suyo por el Antiguo Testamento—! los amigos que lo rodeaban, y aquellos otros que habían partido y de los que hablaba con terco y fiel amor!

Hablaba, y súbitamente se hacían puras y amigas todas las cosas. Despertaba una curiosidad activa, pero de las más nobles; curiosidad que era, más bien, entusiasmo, deseo de acercarse a las cosas más grandes y puras, deseo de reconocer al Espíritu a través de todo lo que en el mundo canta su secreto.

Hablaba de su vida andariega. ¡Cuántos caminos, cuántas soledades, cuántos trabajos! Y por todos los caminos, todas las soledades y todos los trabajos, esa fe que es el signo de los puros —y la salud del

alma—. Así lo evocábamos, a través de sus narraciones llenas de color, como a un hombre incapaz de ese escepticismo inhibitor, que es la característica negativa del hombre moderno! Como los niños y los seres puros, Parra vivió creyendo.

Hablaba de viajes y hacía desfilar ante los ojos del alma todos los cielos, todos los caminos, todas las calles: los dolores y las alegrías del hombre, las cosas más fuertes de las ciudades modernas, y junto a esas cosas fuertes, el temblor fino de quien sabe un gran secreto de Amor y de quien puede percibir la gracia sencilla.

Hablaba de los amigos. Entonces se hacía más que nunca honda la voz. Percibía el acento de cada uno, y sabía qué palabra era la que podía amortiguar la pena de cada uno... Así nos hizo conocer a los que nunca habíamos visto: Gabriela Mistral, Jules Supervielle, y a los que ya habían partido: María Eugenia Vaz Ferreira, Julio Raúl Mendilaharsu, cuyas figuras cobraban en la voz de Parra su verdadera vida infinita.

Hablaba de sus cantos. Los miraba con una gran humildad y con un gran orgullo a la vez, separando — con agudo sentido crítico —lo más serio de su obra de lo que estaba destinado a morir. Amaba sus Polirritmos que estaba a punto de editar en un libro que no alcanzó a ser. Amaba sus poemas de amor, los de su último libro tan fino y recogido, todo como envuelto

en una religiosa luz. Amaba sus cantos como su vida misma: y es que todos habían salido de su más profunda vida; había dicho: allí, sin preocupaciones de literato profesional, en la pura aptitud del que siente la honda y total necesidad de expresarse a sí mismo.

Mirando su vida y su obra medimos bien hasta qué punto fué Parra un trabajador tenaz. Los que sabemos cómo se quemaba en la creación de sus poemas, podemos valorizar todo el esfuerzo, toda la intensidad en que se sostuvo su vida tan breve y tan gloriosa. Sus libros publicados: "Himnos del Cielo y los Ferrocarriles", "Blanca Luz", "Antología de Poetas Americanas", sus traducciones de Supervielle, sus trabajos de periodista, —no, de poeta!— entre los cuales hay que destacar las extraordinarias notas publicadas en "El Bien Público" en los años 1921 y 1922, con el seudónimo de Juan Cristóbal; sus artículos diseminados en toda la prensa de América: todo eso da idea (a través de una enumeración fugaz e incompleta) de su voluntad activa y tensa.

Pero esa no fué su única obra: otra hizo —tal vez más intensa y sin duda más difícil:— esa obra lenta, personal, de acercarse a los seres, de ayudarles a encontrarse, de despertar en los demás la fe: esa obra fraternal que hace de la amistad la más pura gracia de la vida. Pocas cosas son así tan emocionantes como las cartas de Parra a sus amigos; llenas de tan fina comprensión como si en cada una el autor se sintiera dador de un mensaje —revelador, animador— encendido forjador de almas.

Estudiando nuevamente su obra, buscando sus notas periodísticas y leyendo sus cartas, yo he vuelto a pensar en la intensidad de trabajo de Parra. Una línea de fuego establece la tensa continuidad entre todo lo que hace y dice; sus memorias de viaje, sus cartas, sus poemas, están envueltos en una unidad apretada. Veo hoy más que nunca qué vida intensa hay tras cada poema, esa misma que aparece en todos ellos; pero que se ilumina extraordinariamente cuando se siguen las huellas de esta vida apasionada y dolorosa y alegre, extraordinariamente tendida, tenaz, como la luz de cada día! Leyendo todo esto y viviendo esta unidad, viviendo todo lo que hay tras cada poema —he pensado en esta manera de trabajar— tan luminosa, tan en la libertad. Las ciegas miradas burguesas pueden alguna vez dudar, y creer que no es trabajo éste que no se desenvuelve en el aire de las oficinas, que no se canaliza en los caminos tristes de la burocracia y que no tiene, siquiera, su compensación, en el pan ganado tan oscuramente. Este trabajo libre —difícil— capaz de enfrentarse todos los días con todo los riesgos; las emboscadas del hambre, la cosa imprevista, la cara de la angustia asomada a cada día y cada esquina de las calles; —este trabajo tan lleno de gracia y tan lleno de amargura— lo hizo Parra del Riego heroicamente. Eligió el más difícil. Eligió el más profundamente humano —aquél en que no se vende el alma sino que se la expone, desnuda y solitaria, a la aventura tremenda de vivir,— de forcejear con los enemigos oscuros, de recibir, alguna vez como dádiva lo que correspondería a una

mínima compensación vergonzosa que hace más miserables a aquellos que no saben dar!... Por eso cuando Parra renuncia a burocrático rincón de trabajo, él sabe lo que hace; cuando se libera de estas redes grises que la burguesía del mundo en todas las épocas tiende para que caigan los sin fe —él sabe lo que hace—; cuando sacrifica todo el aire puro de su canción y se va a ganar el pan dorado a través de los pueblos miserables —en nuestro campo desolado— haciendo recitales liberadores que pasan como una ráfaga de viento puro por los aires aldeanos que tanto conocemos, él sabe lo que hace. La vida de su canción quería este destino. Y Parra no lo traicionó. Fue singularmente fiel. Heroicamente fiel a su obra. No diré yo aquí la anécdota para que se vea más su vida. Porque esta vida asoma, toda luminosa, en el acento de algunas cartas que he traído para leer en esta tarde. Son cartas de sagrada intimidad —y hasta tiembla mi corazón cuando sé que voy a decirlas fuera del ambiente pequeño, recogido, fervoroso como ninguno— en que aprendí muchas veces a sentir más y más este secreto fino y tremendo de la vida de Parra.

He elegido algunos trozos de cartas que él dirigió —en distintas épocas— a mi noble amigo Enrique Dieste. Regalo de él son, y le agradezco que las haya confiado a mi voz. Sigamos a la criatura luminosa, a través de su dramático vagar por este mundo solitario y tremendo. Dice, en trozos que he elegido para esta lectura, y a través de esa interesantísima colección de cartas escritas desde distintas regiones de América:

Pues! la profunda costumbre
 Levanto de mi alma. ¡Canta
 luz, envuélvete fuerza en un
 abrazo en ella! Con
 tin, yo también estoy triplicada
 unta solo. Porque la
 soledad es una isla
 terrible, Enrique. Voy a
 tener el alma de Nietzsche:
 para suponer de cosa a lo
 mío. beboreo el viento.
 Venime, a quien meo
 desde lejos con la luz
 y se acercan hacia mí
 desde sus antenas luminosas

Carta de Parra a Enrique Dieste

"Tu carta me ha dado la impresión física de un abrazo. Me siento más fuerte, me rechinan más los colmillos de hierro de la voluntad... No creas que estoy desfallecido... No, hermano mío. Me defiendo trágicamente el corazón y la cabeza. Para mí la vida sin sentido heroico es una miserable opereta bufa. Amo apasionadamente al Hombre, tengo una ciega fe en la Razón humana. Y ya tú sabes el valor decisivo que para mí tiene la elevación moral. Si me toca sucumbir será sólo en la trinchera, ensangrentado y roto. Te lo digo con una patética serenidad. Tu alma me ha enseñado muchas cosas. Mi deber es descubrirme ante ella".

En otra:

"Siento la mordiente necesidad de darle un fuerte sentido a mi vida. ¿Qué soy? ¿Qué debo ser? Un comunicador de belleza. Correr con la chispa entre todos los hombres. Ejercitar el divino poder de exaltar los corazones y elevar los pensamientos. ¿No cree usted que esto es grande? Sí —es grande— porque si no, la obra de Arte se ahogaría en la órbita enana de un seco egoísmo individual. Y el Arte para mí sólo tiene sentido profundo, sentido humano, desde el momento en que se convierte en sentimientos circulantes, en sagrado calofrío de los hombres. La demás, sería trabajar para las mandíbulas frenéticas de la muerte. Y he ahí a lo único que debemos odiar y combatir, a ese invisible zarpazo que nos mata".

Y todavía, en otra:

"Más que nunca ahora mi vida es un terrible choque de armas desnudas. Me siento en el momento

patético de un aterrizaje... no sé a dónde... Miro las altas y heladas estrellas de la noche — y me palpo el corazón lleno de fiebre; oigo el paso jadeante de los hombres y comprendo que la única solución, la solución viril y humana, es aceptar con el alma abierta la ley tremenda del mundo. Embriagarse de combate y de pasión. No detenerse. Marchar, seguir locamente solo hacia adelante con la única arma del cerebro ardiente y el tenaz orgullo del pecho".

"Mi vida aquí es intensa y apretada. Con qué angustia, con qué fuerza llamo a mi corazón y a Dios, para hacer al fin, los grandes y puros y rebeldes y ardientes y humanos —humanos!— poemas que necesito. Creo que voy a hacer ahora sí algo de verdad, de fuerza cierta, de sinceridad maravillosa..."

"He visto estos árboles extraordinarios, estas montañas acribilladas, estos crepúsculos del mar, estos nocturnos de los buques de guerra proyectando reflectores hasta los astros! Cómo me he acordado de tí entonces; de tu gran corazón, de tu sensibilidad incalculable, de tu finura de alma única! Y me he convencido de tantas cosas. De estas dos, por ejemplo: de que la sensibilidad existe en el mundo, y hay que tener una confianza ilimitada en el corazón..."

Y esta otra, aún, tan terriblemente temblorosa y dolida:

"Me han dejado un áspero sabor de vino violento las verídicas y profundas palabras que tu carta me ha traído:... necesitaba sentir el grito viril de un hermano. Y tú me lo has lanzado tan empapado de tu corazón que todo mi ser moral se ha estremecido. Yo

dos los árboles, las ramas se retorcían con una angustia frenética. El Pampero...! Y un golpe bajo y brusco de viento nos cortó las rodillas y gotas de lluvia grandes, densas, pesadas como balas nos chicotearon la espalda. El Pampero soplaba ahora con un ímpetu salvaje los recios y finos tubos de órgano. El Pampero se quería llevar ahora toda la Pampa. Silabos desesperados de las frondas, rechinchamientos como de articulaciones. ¿Eran súplicas? ¿Mujidos anchos de toro? ¿Extraños quejidos? ¡Alaridos y silbos, la voz oscura y salvaje de la tierra! Los árboles se rompían por la cintura... Y la lluvia creció... Cayó a cubatzos... a torrentes... Nos empapamos. Nos aterrorizamos. Pero corrimos más, más, con las piernas ahogadas de barro. Agua en la cara, agua en los ojos, agua en los huesos... Hasta que mi compañero cayó en ese charco. Y otra vez se levantó, al relámpago que lo acribilló de harapos eléctricos. Espantoso náufrago!

Perdida allá la estación latía en la noche con sus lucecitas sonámbulas. Y la noche era sólo una inmensa tropa de nubes desordenadas."

Ahora cuenta cómo es un zapateador de la Pampa. Y se anuncian allí en cosa tan hecha, el color y la imagen del Polirritmo de Carmen Mendoza.

"La noche inmensa de la Pampa apretaba en una intimidad más honda el cuadro: el rancho, el grupo de hombres en cuclillas y de pie, el fuego de leña con su círculo de caras de oro, las mujeres en negro de más atrás y el paisaje desolado de los otros ranchos disueltos alrededor. Y lo ví entre el grupo de los hombres y las mujeres. Las palmadas seguían el pes-

punte musical. Y la guitarra amasaba como un barro caliente la melodía del baile santiaguense. Los pies claveteaban la tierra. El aire le partía como dos alas el pañuelo celeste del cuello. Aventaba relámpagos en la cara de cetrino halcón pampero. Viboreaba el cuerpo. Y los martillos tenaces de las plantas clavaban música. Pero ahora las piernas eran una cosa volandera, despreocupada, feliz. Los pies hacían una pequeña y recóndita lluvia. Y era de repente la "mundanza" de un volteretazo eléctrico de las puntas. Remache, siembra, trabajo de formón. Y otra vez el golpe lento, acariciante en la carne de la tierra. Secreteo largo, obstinación dramática, voluptuosidad sombría. Y aun otra mundanza de frenesí epiléptico. Rasgoneo desfallecido de la guitarra. Suspiro en los pies, quejumbre alígera, amor, dolor, dolor, amor. Y otra "mundanza". Y los pies en un claveteo enloquecido, vertiginoso ahora. Trompos salvajes. Tirabuzón veloz. Taponazos, choques, latido, incrustación; volaban los zapatos en el polvo lívido de la carretera de la pampa que nadaba en luna..."

Y de esta nota pictórica, hecha con un lenguaje quizás inigualado en la literatura americana cuando trata estos temas, salto, buscando, a esta otra cosa recogida, profunda, encendida en fuegos entrañables y secretos. Es también una narración. Pero Parra va a contarnos el encuentro de Vaz Ferreira y D'Ors, en aquella memorable fiesta que los poetas hicieron para homenajear al Maestro de "La Bien Plantada", cuando llegó hasta aquí, en el año 1921.

Dice la nota:

"La conferencia terminó a las 12 en la Universidad y hacia allí enfiló el grupo palpitante de los amigos del filósofo. Y en verdad que era algo griego, emocionante y vengador, este desfile callado de 300 personas con Eugenio D'Ors y Carlos Vaz Ferreira a la cabeza... El cortejo invadió el taller de Bazurro. Y entre las salas acribilladas de luz artificial el grupo se deshizo, se pegó a las telas, se encaró a las estatuas... Pasó junto a las mujeres ondulantes de Laborde, las plazas polirrítmicas de Barradas, los ranchos desolados de Causa y los criollos pálidos de tuberculosis y melancolía de Arzádum. D'Ors paseó, observó, embistió con mirada destornilladora los asuntos. "Muy bien. Muy bien. Hay fuerza..." y hacia todos volvía su cara enterada.

Y yo miraba su fina y plena silueta y no podía contener la simpatía de mi corazón para los dos ojos inmensos de Vaz Ferreira. En D'Ors y Vaz Ferreira caía un fusilamiento de miradas. Eran los únicos sentados entre el círculo comprimido de los demás espectadores silenciosos. No sé por qué yo me acordaba de aquella rara entrevista de Emerson y Carlyle. D'Ors sonreía seguro y animado, con su macizo cuerpo escultural. Vaz Ferreira se contraía con gestos emocionantemente torpes... Se hubiera dicho un insecto nocturno cazado de repente y que moviera ahí — desconcertado — sus reflectores sonámbulos.

—Crucemos así los brazos —dijo D'Ors, con la copa de vino en la mano— y ahora a beber en tres tiempos.

—Los tiempos no existen —tajeó Vaz Ferreira—

entreabriendo una sonrisa de finura quirúrgica. Pero los brazos hicieron la cadena y las dos copas se volcaron en la descarga cerrada de los aplausos.

Mas... ¿qué se juramentaron sobre las cuatro espadas de sus ojos? ¿Era un hondo pacto? ¿Brindarían acaso porque la vida nos encuentre siempre en los sitios de más peligro de la verdad, o por la contemplación de la belleza eterna que es lo único que nos salva de este extraño dolor de vivir, por combatir siempre contra esa cosa enorme de injusticias, mentiras y cobardías que cierra y mata los caminos por todas partes, o por el dulce vino que nos devuelve nuestros corazones fabulosamente jóvenes...? Los dos se pusieron de pie y los dos se miraron con mirada ancha, triste y lenta".

Está tan dada la emoción de este encuentro que — a pesar de todo lo que sabéis — no he dudado en leerlo —orgullosa— como todos aquí lo estamos, de que Carlos Vaz Ferreira se haya mantenido tan delicadamente leal a aquella estampa —a aquel momento en que los ojos puros de Parra lo suponían prometiendo que la vida lo encontraría siempre en los sitios de más peligro de la verdad— combatiendo siempre contra esa cosa enorme de injusticia, mentira y cobardía que cierra y mata los caminos por todas partes.

Como en aquellas cartas íntimas, vemos bien aquí la entrañable manera de ser de Parra. Y así en sus poemas.

Canta en "Himnos del Cielo" a todo lo que hace la gracia del mundo: el paisaje, los seres, las cosas, los héroes, el vertiginoso encanto del mundo moderno.

Pero sería equivocado creer que estos cantos se quedan en lo exterior, en lo objetivo, en las cosas de límites mortales. Parra describe con la claridad de un clásico, gusta de las cosas con los sanos sentidos de los clásicos, pero tiene un espíritu romántico que lo hace subjetivizar todas las cosas, y enriquecerlas con esa fina gracia interior que da una tan profunda humanidad a la visión del mundo.

Algo más íntimo, y más tocado de tragedia y más cercano al sentido de Eternidad vivía en este amor suyo por las calles y los rincones vivos de las ciudades modernas. Y esa cosa íntima, más fina, más trágica y más trascendente, era su amor extraordinario por los hombres, su generosidad curvada a todos los seres, su sentido de solidaridad profundo y delicado. 'Más que al más maravilloso de los árboles como al más miserable de los hombres', dijo una vez.

Lo que amaba —en los hombres— era eso eterno que vive en ellos: el alma con sus angustias y su vencedora sed de cosas sin término.

Y por eso toda la obra de Parra del Riego tiene un sentido de intimidad emocionante y extraña.

Se percibe como un toque vivo y profundo en los poemas en que canta a las cosas de afuera, a las fiestas más finas del mundo.

La naturaleza —mirada con ojos penetrantes, robadores de todo paisaje— la figura humana en su vivísima y armoniosa plasticidad, el footballista, el nadador, la mujer que danza, el hombre de las aventuras marineras, la sugestión y color de los puertos, la dramática de los ferrocarriles y sus estaciones llenas de

misterio. Así se aparece en el Polirritmo del Motor maravilloso:

"Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aeroplanos;
¡Qué serpentina loca le tiraré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos — tu fuego profundo
oh, tú — el motor oculto de mi alma y de mis manos!
Qué llama enloquecida se enrieda en tus fogones,
y hace girar la rueda líquida de la sangre
y atiranta las poleas de los músculos
para mecer los columpios súbitos de las sensaciones,
cuando corro, beso, anhelo, callo, sufro, espero, miro —
Salta mi alma en una loca carcajada,
floto en sedas de suspiros
o en el charco solitario de la sombra en que me estiro
se me copia el corazón como una estrella desolada.
Y qué electricidades
se me van por los alambres calientes de los nervios;
hasta el cerebro — caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños!"

Es otra vez la exaltación de "la mujer vegetal" en el polirritmo en que canta:

"Guitarras bajo las higueras!
trompos azules del día!
aquí está la fresca amada vegetal
la que ví y el alma mía
se me abrió como una fruta musical.

Ojos con pájaros — caderas de ágil tazón de soles,
 a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
 por mi sangre la sentía atravesar...
 La que ví y me dió el amor de las mañanas,
 Soñaba nidos? Colgaba frutas? Olía a rosas?
 Y unas súbitas nostalgias misteriosas
 de montar caballos blancos — trepar árboles, nadar
 madrugar, todos los días — e irme solo por los campos.
 verde andarín, loco andarín!
 con mi campana de lejanías
 y el pecho alegre como un clarín!"

Y el Canto al Carnaval, cuyo éxito en un comentadísimo concurso tuvo el significado de algo parecido a aquella revolución de Hernani, en el escándalo de un teatro en batalla:

"Libertad maravillosa de la risa
 la ciudad corre en tus ruedas de colores, Carnavall
 Ya en plazas y torres, ventanas y esquinas
 saltando como una niña la luna
 cuelga los teléfonos de las serpentinás
 para tu furiosa universal!
 Columpios de risas! Árboles de amores!
 — los novios calientan la noche con su corazón...
 Rosada de sueños
 ella piensa en algo furtivo y fantástico
 que sólo esta noche podría pasar...
 En los cascabeles hay duendes pequeños
 que dicen: No dudes! vamos a soñar...
 vamos a bailar...
 vamos a cantar...!

La noche abre dulces ventanas de seda
 y si tú no vienes por siempre te quedas
 en la desolada perla de esperar.
 Vamos a cantar!
 Vamos a bailar!..."

O es la voz resonante en *Palomas*:

"Yo estaba solo en la quinta
 cuando ví el milagro súbito que me hizo palpar
 doscientas palomas blancas se pusieron a volar!
 El cielo era azul —alegre— daba ganas de cantar
 Me apoyé mudo en un árbol para mejor contemplar:
 Gracias, Dios mío, por esta fiesta pura y singular
 Doscientas palomas blancas se pusieron a volar!
 Escalera loca, fresca, gozosa, pura, infantil.
 Loco de fe y esperanza yo ví en el cielo esas mil
 manos blancas que tocaban su arpa de oro y de
 [marfil.
 Platón! Viejas marchas! Héroes de un tiempo ya sin
 [perfil,
 yo me dije haciendo sangre mi contemplación sutil:
 Sólo casta alegre, pura, compasiva, alta y viril
 yo te llevaré alma mía por toda la tierra hostil.
 Y el cielo con esas blancas campanas sonó... sonó...
 Ví un grupo allá en un colegio feliz que se dispersó
 Otra so'la y pensativa junto a una torre pasó...
 Tres fueron las carabelas que el mar un día encantó...
 Pero más alta de todas, cómo mi alma palpitó!
 Ví a otra que arriba, arriba! — ya nadie la acompañó...
 Como el ave del espíritu solitaria se quedó."

En todos hay la visión clara de un clásico, y la cosa subjetiva, la conciencia herida por todo eso, la sensibilidad tocada por todo eso, la vibración profunda, personalísima e inconfundible.

A medida que la experiencia espiritual se afina y enriquece, Parra del Riego, cantor de ferrocarriles, cielos, viajes inquietos y paisajes conmovidos por el viento, por el paso de los barcos, por la viva criatura humana, va buscando en lo más profundo de sí, en una intensa y ardiente sed de sí mismo y va a encontrar otros cielos más finos y quietos y una música de más suave tono y más delicada confidencia.

Antes, a través del dinamismo vertiginoso y del paisaje violento, nos encontrábamos con un niño de prodigio y maravilla: tal la claridad de visión, tan puros los sentidos, tan abierta y limpia la generosidad y el entusiasmo.

Ahora, en este ir hacia adentro, en este paso callado y dulce para encontrar la música suave, otra vez él, la sensibilidad y la pureza del niño, venciendo a todo el dolor, a todo el aprendizaje y a toda la fatiga opaca. Y entonces es la voz de los Nocturnos, aquella tremenda voz angustiada:

"Heme aquí en la gran noche de la Pampa perdido bajo el grandioso y loco árbol estremecido de las estrellas — dándoles a las sombras mi paso".

O en aquel otro:

"La noche más que el día funde en un hondo nudo tu corazón celeste con mi corazón rudo,

porque yo más te llamo, y te busco y te siento
cuando la noche negra me abisma el pensamiento
y en mi raro estupor de vivir sólo miro
y comprendo mi angustia y mi sed."

Y todavía, a través de todos estos Nocturnos:

"En qué aguas vivas y anchas
en qué profunda fuente
de mi pecho, alma mía, te bañas temblorosa
que de mi ser oscuro y amargo — de repente
sales como la luna: blanca y maravillosa"

Y entonces es la voz de los poemas del último libro, en que el puerto, el mar, la luna, la calle, las gaviotas felices, están dentro de una vida espiritual maravillosa y sin fin, llevadas por ese milagro de transfiguración que sólo el gran poeta puede realizar:

"La calle está muerta desde que te ví
nada miro... paso... voy pensando en tí..."

Y ahora puede cantar el Amor y hacerse más fino y más tierno que nunca para decir su gracia:

"Me hace los días para cantar...
gaviota, novia
de un marinero.
Quien no la ha visto
qué puede amar...?"

Se da en estos poemas un tono sentimental, llevado a la música y vivo por la música:

"Solos bajo los arboles
 caminar... caminar...
 Como una lágrima de la luna llevo caída
 sobre mi hombro
 tu cabeza desvanecida..."

Un mundo sentimental que no queda encerrado
 en lo anecdótico, sino que gravita dentro de lo más
 fino del alma y que mira a otros cielos libres en Dios.
 "Sonidos de palomas besándose a la luna
 me has dejado en la boca.

Panales de alegría delirante y salvaje
 me has dejado en la boca.

Corazones de niños colorados y puros
 me has dejado en la boca.

Campo con su alegría de chivos y campanas
 me has dejado en la boca.

Tu palidez terrible y azul como mi muerte
 me has dejado en la boca".

.

"Más allá del allá nos encontrábamos
 solos y puros
 como los ángeles que soñábamos."

Por ese camino iba Parra, descubriéndonos nuevas voces, y en ese camino encontraba la esperanza de un canto sin fin, recomenzado en albas extrañamente claras y puras.

El lo dijo en el Prólogo de este libro cuando expresó la gracia de su honda marcha hacia la luz interior:

"... el libro que mañana, cuando la salud divina vuelva a mí, te escribiré con la pasión profunda y solitaria de los místicos que quieren hablar con Dios".

Sangre hemos visto
 sangre es el camino
 donde se hizo blanco
 nuestro solitario señor Jesucristo.

En este camino todo fué: silencio, lejanía y soledad.

Pero en donde haya un corazón amigo de Juan Parra del Riego, —de él, que fué el más fino de los amigos— y en donde haya un sentidor puro de Belleza, silencio, lejanía y soledad, se iluminan, porque el recuerdo de Parra ha de vencer a todas esas distancias terribles.

Sus cantos puros, su generosa voz, su gran Espíritu, le han dado un destino de inmortalidad, contra el que nos apretamos con el corazón y la voz, quienes le amamos en la vida y en la muerte.